

EL TERNIO

DIRECTOR
JOSE DEL PERCIO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION
CALLE DE LA GRACIA, 97



SRA. ROMANELLI, DE LA COMPAÑIA SOAREZ CALLIGARIS, EN «20.000 LEGHE IN TORNO AL MONDO»

(FOT. FRANZEN)

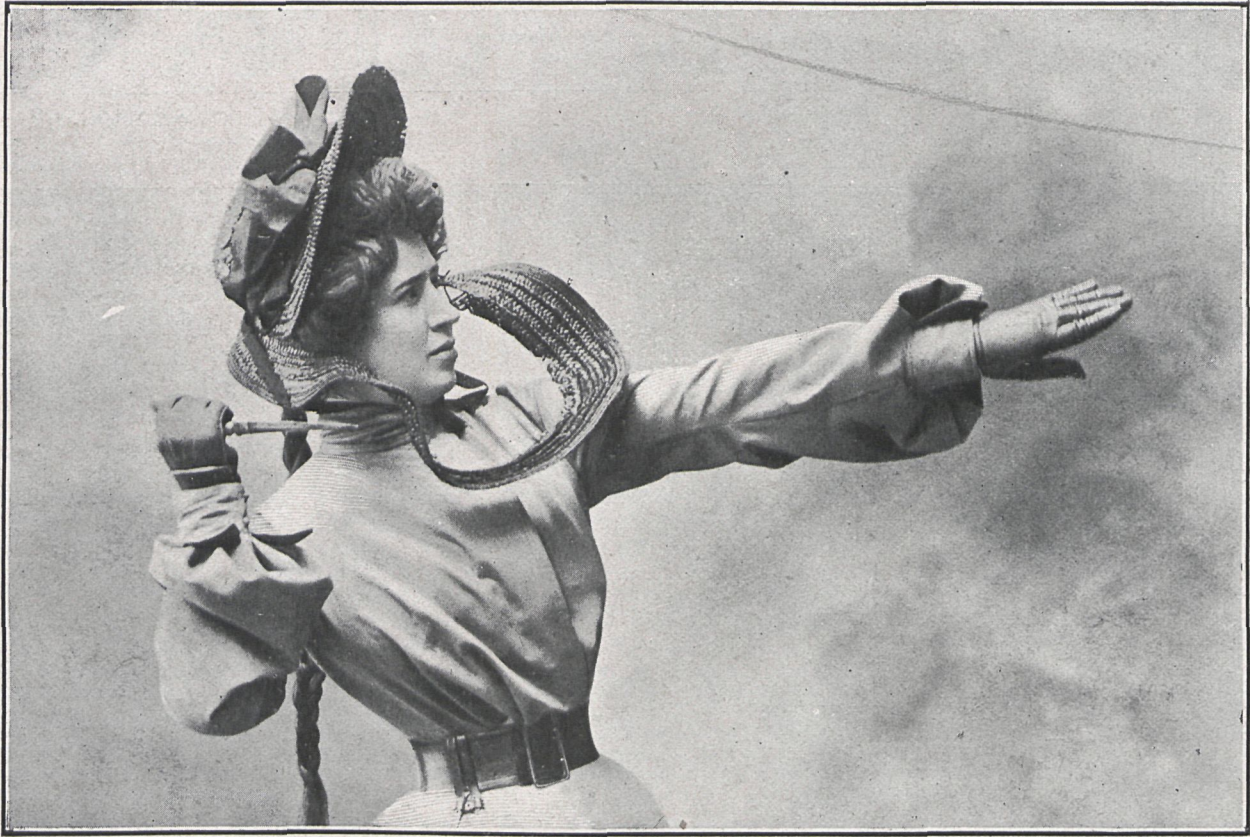
EL TEATRO

Núm. 35

Agosto 1903



SRA. AMELIA SOAREZ, EN «EL CARNET DEL DIABLO»



SRA. AMELIA SOAREZ, EN «MISS HELYET»

Fots. Varichi

LA COMPAÑIA SOAREZ CALLIGARIS

TANTO me han censurado, pública y privadamente, mis elogios á la compañía Soarez Calligaris, que considero como una bendición de Dios estas cuartillas de EL TEATRO en que escribiendo largo y tendido, sin apremios de tiempo, ni cortapisas de espacio, podré dar razones de mis juicios y exponer fundamentos de mis elogios, ni tantos como se ha dicho, ni tan incondicionales como se ha supuesto. No tengo yo la culpa de que tomando lo objetivo por subjetivo me tenga alguien por una especie de Ogro tragador de cómicos y autores; pero puesto que así ocurre y es necesario poner las cosas en su lugar para que nadie tome por desafiación lo que es necesario, cambio de tonalidad ó por variación de alma lo que es sencillamente mutación de paisaje; bueno es tener por delante tiempo para poder hacerlo con calma y espa-

SRA. MARIA BRACCONY
CARACTERÍSTICA

cio para poder decir todo lo que se ocurra. De ese modo si aún quedan dudas no será por falta de medios para desvanecerlas.

Confesaré para empezar, aunque la confesión es completamente innecesaria, por que *escripta manety quod scripsi*, que hasta ahora la tonalidad general de mis trabajos de crítica teatral ha sido agria. He abundado en censuras y apenas si *aliquando*, muy de tarde en tarde, he apuntado un elogio, casi nunca incondicional. Desde María Guerrero hasta el último partiquino de quien he hablado han sufrido por igual, sin distinción de sexo ni categoría, mis censuras y si he alabado á veces al último partiquino ó á María Guerrero no ha sido nunca, por desgracia, sin poner junto al elogio algún *pero*, que si era jarro de agua fría para el que le recibía, tenía para quien le administraba el carácter de ducha tónica y saluda-

ble. Hasta cuando me parecían bien nuestros actores veía yo la posibilidad de que me parecieran mejor y, así, por ejemplo, cuando alababa con más entusiasmo que nadie á María Guerrero en *Gabriela de Veray* y reconocía en ella una gran trágica tan admirable como la que más pudiera serlo en las últimas escenas de la obra, señalaba defectos fácilmente corregibles y que, por eso mismo, eran mucho más censurables. ¿Hubiera hecho mejor en poner punto á mi crónica cuando tenía que poner punto á mis elogios? Afirmo categóricamente que no; sobre ser menos sincero tal modo de proceder hubiera sido, por idolátrico, estéril. Cerrar los ojos ante los defectos no es destruirlos, sino añadir á la imperfección de lo que examinamos una imperfección propia, no por voluntaria menos sensible. Cuentan de un tuerto que estando en un frontón recibió un pelotazo en su ojo sano y al quedarse sin vista dijo filosóficamente:—¡Para lo que hay que ver! Pero semejante resignada filosofía no me parece propia de estos asuntos de crítica teatral; prefiero ver de vez en cuando manchas en el sol á declararme ciego de solemnidad y andar por esos teatros de Dios con perro y cayado cuando no con lazarillo.

Por pensar así he visto casi constantemente defectos en cómicos y comedias, pero esa constancia no es motivo para culpar á mi vista. En apariencia ella es la que permanece y el espectáculo el que cambia, pero ¿habrá quien con convencimiento bastante niegue que el espectáculo, no obstante su aparente mudanza, es siempre igual y que, tratándose de nuestros cómicos, y siendo tan malo Enero como Febrero, yo tenía forzosamente que experimentar temperaturas invernales? Además hay otras razones, y entre ellas una capitalísima, para que yo no pueda ser con nuestros cómicos todo lo benévolo que pide mi espíritu sin hiel. Pienso, y en eso soy discípulo, aunque indigno, de los grandes maestros del arte escénico, que el teatro es un arte de conjunto, no una idolatría en que todo se sacrifica á un Dios más ó menos digno de adoración, pero que nunca puede serlo tanto que ante él desaparezcan todas las demás cosas humanas y divinas.

Y en esto más que en nada veo yo la superioridad indiscutible de la compañía Soares-Calligaris sobre todas las que por aquí pretenden divertirnos y no saben hacerlo sin deformar el arte del dramaturgo, haciéndole concebir sus obras, no como trozos

anecdóticos de la vida de un personaje. En nuestras compañías todo se sacrifica al ídolo que las gobierna y rige; en la compañía italiana todo se sacrifica al conjunto escénico. Entre nosotros cada actor se cree fin único y exclusivo de todo un arte; en la compañía italiana cada actor se sabe indispensable ruedecilla de un reloj complicado en cuya esfera se ve el resultado de la labor de todos, no la importancia de la que cada uno desempeña.

Libreme Dios de creer á los actores de la compañía Soares Calligaris exentos de vanidad; pensar así sería desconocer la psicología del cómico, no tan variable como las diferencias etnográficas harían creer; pero es lo cierto que, teniendo vanidad, la disimulan y que de ponerla en algo, seguros quizás vivos de la viviente realidad, sino como episodios del propio valer, no la ponen nunca en hacer inferiores á los demás, sino en hacerse superiores á ellos, que es cosa completa y absolutamente distinta.

Fácil y sencillo es «matar los efectos» ajenos; no lo es tanto sacar de ellos á fuerza de arte otros mayores.

Cierto que el mal que lamentamos no es solo imputable á nuestros cómicos, es, por el contrario, consecuencia fatalísima de la defectuosa organización social en que vivimos. Galdós lo ha dicho: «aquí todo es provisional y, como interino», estamos en perpetuo periodo constituyente y esta inestabilidad, unida al individualismo anárquico que llevamos en el plasma sanguíneo, no obstante el prurito que á última hora se

nos desarrolla de asociarnos para todo, hace que sea naturalísimo ese egoísmo de los actores que, dándoles por lema el viejísimo «primero yo, después yo y siempre yo», les hace no ver del teatro sino una parte mínima; los tipos

por ellos representados que toman erróneamente por creaciones aisladas sin antecedentes ni consecuentes, sin concomitancias, como si esa independencia fuera compatible con la vida.

Aquí no hay nada estable más que esos caballeros que buscan constantemente habitación desde las cuartas planas de los periódicos, lo demás solo accidentalmente lo es y entonces, como falta la costumbre y los malos hábitos no se pierden en un día, la estabilidad resulta completamente inútil. No concebimos la lucha por la vida entre colonias sino entre individuos aislados. Tenemos una especie de monomanía autonómica y la autonomía será incompatible con el arte escénico mientras no se decreta que el monólogo es la única forma de la li-



SR. DARRIO ACCONCI
PRIMER TENOR, EN «PICCOLA BOHEME»
Fot. Candela.



SRA. EMMA CASALIS, PRIMERA TIPLE
(Fot. Candela)



SRA. AMELIA SOAREZ, PRIMERA TIPLA, EN «EL CAPITAN TERESA»
Fot. Navarini (Torino)



SRA. GIUSEPPINA CALLIGARIS, EN «EL BOMBERO DE SERVICIO»
(Fots. Candela)



SRA. MARIA BRACONNY, EN «20.000 LEGHE IN TORNO AL MONDO»
(Fots. Candela)

teratura dramática y, aún más tarde, porque es difícil que un hombre monologue sin que algo distinto de él le haga monologear.

Nuestros artistas cuentan por días en sueldos como en temporadas y es lógico que, por ser así, vivan al día. Los artistas de la compañía Soarez Calligaris están contratados por años, y un año de contrata es algo respetable y que vale la pena de ser defendido. Nuestras compañías son compañías de aluvión, hoy formadas y mañana disueltas. Cada cómico sabe que los que con él trabajan hoy no son los que con él trabajaban ayer ni los que con él trabajarán mañana. Sabe que la compañía en que actúa es algo efímero, pasajero, formado por el acaso de una redada más ó menos venturosa en los procelosos mares de la calle de Sevilla: algo que se deshará mañana tan fácilmente como se hizo ayer, y no es lógico que le preocupe el éxito de tal amasijo; al contrario, es natural que solo atienda á su éxito propio. Sabe de antemano que si de la com-

pañía queda algo será cuando más un nombre, y atiende solo, por espíritu de conservación, á que ese nombre sea el suyo. Así cunde el individualismo disolvente.

Aquí no concebimos el empresario de compañía que no es actor ni autor, músico ni danzante. Si surgiera un día—un «buen día», indudablemente,—es seguro que le tendríamos por un vil explotador, una especie de negrero que suprimida la trata, traficaba en cómicos y llevaba á sus víctimas de teatro en teatro viviendo cómodamente la regalada vida del parásito. Aquí son empresarios de compañía los actores fracasados que quieren á todo trance ser primeros y no encuentran quien los contrato como segundos; los que se han hecho, si no célebres, conocidos al menos gracias á la *bonhomie* de nuestros críticos, y, explotando su nombre por todo capital, embarcan en aventuras casi siempre peligrosas á los que tienen forzosamente que sufrir las inclemencias de ese sistema.